

Perspectivas y riesgos de las relaciones germano-rusas

Jean Paul Picaper

Al iniciarse el 26 de mayo de 1994 las obras de la refinería de Leuna, en Alemania oriental, el presidente de la sociedad petroquímica francesa Elf Aquitaine, Philippe Jaffré, y el canciller Helmut Kohl inauguraban un enlace franco-alemán entre Europa occidental y Rusia. No sólo porque se tratará de la mayor inversión jamás realizada en la historia de la cooperación industrial franco-alemana, sino también porque, además de la participación de dos grupos alemanes, Thyssen y Bayer, en el complejo petroquímico del que Leuna será el corazón, tres sociedades rusas, entre ellas la famosa Rosneft, serán simultáneamente suministradoras, usuarias y copropietarias. El suministro de petróleo y gas para la refinería, que ha costado 4.000 millones de marcos a Elf, más 2.000 millones de subsidios del Gobierno alemán, tendrá exclusivamente origen ruso.

Este acontecimiento más que anecdótico tiene su importancia. En el discurso que pronunció en esa ceremonia, Helmut Kohl empleó una fórmula que llamó la atención de los invitados. El canciller habló de “nuestros amigos franceses y nuestros socios rusos, que serán un día nuestros amigos”. Esta rectificación era muy esperada por los franceses, después de haber calificado Helmut Kohl a Rusia, el 11 de mayo de 1994, en presencia de Boris Yeltsin, como “el vecino más importante de Alemania”.

Sin duda, no había por qué tomar al pie de la letra esta apreciación del Canciller, destinada a halagar a su huésped ruso. Designar a Rusia “vecino” de Alemania equivaldría a borrar la existencia de Polonia. No era ésta, por descontado, la intención de Helmut Kohl. Pero tenía que reparar su torpeza para con su aliado privilegiado, que es Francia. Hasta nueva orden, los dos vecinos directos de Alemania más importantes son Francia y Polonia.

Sin embargo, una y otra fórmula son muy reveladoras si se las somete a un examen psicológico, puesto que las segundas intenciones significativas del estado de espíritu imperante en Alemania se revelan, una en un

Jean-Paul Picaper, doctor en Ciencias Políticas y diplomado en estudios germánicos, es corresponsal de *Le Figaro* en Alemania y colaborador habitual de POLÍTICA EXTERIOR.

tiempo futuro (“que serán un día”) y la otra en un grado superlativo (“el más importante”).

Nadie duda, en efecto, que Rusia es el país “más importante” de Europa después de Alemania, por su extensión, su demografía y su potencia militar: posee el arma nuclear. Una Europa que repose sobre los dos pilares de Alemania y Rusia parece concebible a escala geopolítica en un porvenir impreciso. Pero su debilidad económica coloca a Rusia muy por detrás de Alemania, para la cual, por el contrario, la economía sigue siendo su principal baza. Ahora bien, el avance tecnológico de un país, su productividad y su nivel de vida son, en nuestros días, más decisivos que la extensión de su territorio o el número de sus habitantes.

El empleo del tiempo futuro en la definición de las relaciones germano-rusas por Helmut Kohl revela cierta decepción alemana respecto al tiempo presente. Es cierto que en el transcurso de los años 1989-1991, años del idilio Kohl-Gorbachov, Alemania pudo esperar una reanudación de las relaciones de confianza y de cooperación con Rusia, a semejanza de la amistad entre sus dos dirigentes. Con Boris Yeltsin, las relaciones son más difíciles, aunque el canciller alemán haya hecho un esfuerzo por mejorarlas y el presidente ruso otro tanto por su parte. Pero el prolongado hundimiento de la economía rusa, que ha aniquilado los intercambios comerciales y frenado la inversión alemana en Rusia, junto a la profunda inestabilidad política y a la inseguridad que reinan en Rusia, donde la forma del régimen político no parece todavía definitiva, relegan la relación germano-rusa al siglo XXI.

Conviene, pues, evocar esta decepción germano-rusa antes de analizar los elementos constructivos de la relación.

El imposible acercamiento germano-ruso

En un lapso increíblemente breve, Rusia se ha convertido en un coloso con pies de barro, tanto más peligroso cuanto que amenaza con arrastrar a Europa al caos. Este deslizamiento de un gran Estado nuclear hacia la anarquía, después de decenios del orden post-staliniano, es un fenómeno en el que no se había pensado. Desde hace dos años se están estudiando los riesgos, que son considerables.

Para empezar, hay un caos económico que Alemania tiene un interés primordial en corregir, puesto que sería ella quien debería acoger una oleada enorme de refugiados del Este en caso de deslindamiento total de Rusia. Pero en este caos, Alemania ha invertido mucho a fondo perdido, y esta hemorragia financiera tardará en restañarse.

Sus compromisos financieros en Rusia sobrepasan con mucho los de sus socios occidentales, llegando a alcanzar, en marzo de 1994, los 90.000 millones de marcos en créditos con tipos de interés bonificados, garantías a la exportación y subvenciones. Forman parte de esa suma las inversiones destinadas a conseguir la retirada de las tropas rusas de Alemania occidental, es decir cerca de 16.000 millones de marcos (175 millones

destinados a programas de reconversión profesional y 25 millones a las etapas de preparación para la economía de mercado en Alemania para los oficiales rusos, a lo que se añade la construcción de 45.000 alojamientos en Rusia, Ucrania y Bielorrusia, el 20 por cien de cuyos pedidos está reservado a empresas de construcción alemanas orientales). Para obtener una retirada más rápida de las tropas, el canciller Kohl añadió una ampliación de 550 millones de marcos durante su visita a Moscú en diciembre de 1992.

Sin duda, el precio no es demasiado elevado si se compara con el pagado por Afganistán o Vietnam, por ejemplo, para obtener la retirada de tropas extranjeras. La partida de los últimos soldados de ocupación se desarrolla actualmente en condiciones bastante buenas, con esa "dignidad" a la que los oficiales rusos y, en especial, su general, Matvei Burlakov, conceden una importancia enorme. Después de varias ceremonias conmemorativas organizadas en mayo en presencia de un obispo ortodoxo, las tropas antiguamente comunistas del "grupo de fuerzas soviéticas en Alemania" (tal y como se las llamaba) pudieron poner fin a un período de 49 años de ocupación con un desfile celebrado el 11 de junio pasado por las calles de Berlín. Ésta manifestación significaba que Moscú —o más bien el cuartel general ruso de Berlín-Karlshorst— renunciaba a un desfile común con los tres aliados occidentales (que tuvo lugar el 18 de junio). Así se ha pasado la página sobre la guerra fría, sin volver a la alianza norteamericano-anglo-franco-rusa de 1941-1945, como lo habrían deseado los militares rusos.

Numerosas discusiones y algunas protestas de los hipernacionalistas rusos han precedido a un acuerdo global sobre los ritos de partida. El canciller Kohl tuvo que renunciar a una fiesta cultural en Weimar, a la que había invitado a Yeltsin, porque los militares la juzgaron superficial y vejatoria. El arreglo consistió en una ceremonia celebrada en Berlín a la que asistieron el presidente ruso y su ministro de Defensa, Pavel Grachev, el 31 de agosto¹. Ese fue el día en que se retiró el último de los 545.000 rusos estacionados en Alemania oriental: 337.800 soldados y 208.000 civiles y sus familias. Esta partida acelerada se ha desarrollado de acuerdo con las reglas de la disciplina, con muy pocas desertiones y algún tráfico fraudulento, y deja una herencia ecológica muy pesada.

Era importante para el porvenir de las relaciones que los rusos se retiraran "como amigos" o "como socios". Kohl y Yeltsin se han quitado de encima, con la retirada de las tropas de Alemania, un pasivo que habría podido convertirse en contencioso, puesto que Vladimir Zhirinovski amenazaba, en caso de victoria electoral presidencial en 1996, con estacionar en Alemania 300.000 hombres y con hacer pagar de nuevo a los alemanes. Para Kohl, que se presenta a las elecciones legislativas el 16 de octubre, esta marcha de los rusos es una baza electoral extraordinaria cuyo impacto no se apreciará en su totalidad más que a partir de septiembre, puesto que la población no parece haberse dado cuenta todavía de lo que significa. Sin embargo, los últimos años de presencia del ocupante, así como su partida, se han desarrollado sin agresiones antirrusas por parte de la po-

blación alemana oriental. Es de destacar, por ejemplo, que los carros rusos hayan podido desfilar sin el menor problema por las calles de Berlín oriental el 11 de junio, cuando en 1953 aplastaron una revuelta popular alemana oriental.

Este cambio lo prepararon Kohl y Gorbachov desde 1989. En junio de 1989, en Alemania, Gorbachov encontró la simpatía espontánea de la población. Además de sus excelentes relaciones con Helmut Kohl, esta ola de confianza le decidió a proyectar la firma de un gran tratado que regularía el porvenir de las relaciones germano-soviéticas. En el transcurso de la entrevista que tuvieron sobre esta cuestión, el canciller Kohl le declaró que no habría asociación verdadera si no se resolvía el problema de la reunificación alemana. En la conferencia de prensa subsiguiente, Gorbachov declaró que el muro de Berlín podría desaparecer si desaparecían las circunstancias que llevaron a su construcción. Esta era la respuesta a un discurso pronunciado por Ronald Reagan en 1987 ante el muro de Berlín, en el que el presidente norteamericano pidió el derribo del muro.

En otoño del mismo año, al dejar de apoyar al partido de Erich Honecker y al negarse a ordenar que sus tropas dispararan sobre los manifestantes alemanes orientales, Gorbachov contribuyó a transformar la imagen de los rusos en Alemania. De opresores tiránicos, las tropas rusas y “el arcángel Mijaïl” pasaron a ser protectores de la población contra el aborrecido régimen de los comunistas alemanes orientales.

Este cambio de actitud se concretó a comienzos de 1990 cuando el Gobierno de Bonn decidió poner en marcha una vasta campaña caritativa para ayudar a los rusos a luchar contra el frío y el hambre. Gorbachov había expuesto ya este problema a Kohl durante su visita de junio de 1989. Se concluyó un acuerdo de ayuda confidencial. Es evidente que este acuerdo tuvo su impacto. El Gobierno alemán envió en enero de 1990 a Rusia varios centenares de millares de toneladas de víveres y carne por un total de 220 millones de marcos. La ayuda privada en ropa, alimentos y de todo género sobrepasó ampliamente este total. Como declaró el canciller Kohl, “ésta fue una página gloriosa de las relaciones germano-rusas; Alemania, cierto es, causó daños terribles en Rusia en dos o tres años de guerra, pero mis compatriotas han demostrado a los rusos que son capaces de actuar de modo completamente distinto con que sólo se les dé la oportunidad”².

El 16 de julio de 1990, en una dacha del Cáucaso, Helmut Kohl obtuvo por fin de Gorbachov la reunificación sin condiciones de Alemania. Punto esencial: la Alemania reunificada podría seguir siendo miembro de la OTAN y de la CE; las tropas rusas saldrían de Alemania. Era más de lo que jamás se había esperado. Era también una dura repulsa para los “neutralistas” alemanes que pensaban desde los años cincuenta reunificar Alemania poniéndola al margen de las alianzas. La reunificación se había realizado según el modelo Adenauer, es decir en la Alianza y gracias a la Alianza. Desde entonces, prevalece este modelo y nadie teme ya la deriva de Alemania hacia el Este. De la “comunidad de destino” entre dos hombres, Helmut y Mijail, una conjunción como ha habido pocas en la historia,

había nacido un nuevo sistema político europeo. Alemania recuperaba su vocación de país central en Europa y de intermediario entre la Rusia europea y las naciones occidentales. Un soberbio regalo de los rusos. ¿Sólo un “regalo”? A largo plazo, las primicias de una relación privilegiada, de un reparto.

El canciller Kohl y su ministro de Asuntos Exteriores, Hans Dietrich Genscher, habían acelerado la realización de la unidad alemana al comprender que la historia no se repite y que era necesario coger al vuelo la oportunidad. Ahora bien, el tiempo apremiaba más de lo que se pensaba en 1990. En una nueva reunión con Mijail Gorbachov en Kiev, en julio de 1991, Helmut Kohl le preguntó en el coche que le llevaba al aeropuerto si los rumores de golpe en Moscú que se oían en todas partes eran dignos de crédito. Gorbachov pasó revista, nombre tras nombre, a todos los capaces de fomentar un golpe contra él y concluyó que ninguno estaba dotado para llevar a cabo semejante tentativa. Se trató también en esta conversación de una intensificación de los intercambios comerciales, que podrían duplicarse o triplicarse. Se hablaba de *joint ventures*, de inversiones, de ayuda alemana a las reformas soviéticas. El 19 de agosto siguiente, mientras el golpe estallaba en Moscú, el canciller tuvo que interrumpir precipitadamente su estancia en Austria. Al tomar el avión para Bonn, murmuró: “Ahora no podremos obtener la reunificación”.

Bonn no había previsto este acontecimiento. Ya fuera en Washington o en Londres, en Kiev o en París, Kohl colocaba a los escépticos en su sitio: apostar por la caída de Gorbachov sería “una locura política”. La relación Kohl-Gorbachov había sido un acontecimiento histórico, más importante que el viaje a Moscú de Adenauer en septiembre de 1955, cuando el viejo canciller obtuvo la repatriación de los prisioneros de guerra y la reapertura de esa política oriental sin la cual la diplomacia alemana estaría coja. Esa amistad “de hombre a hombre” hacía del encuentro Brandt-Breznev en Oreanda (Crimea), en septiembre de 1971, un simple episodio y eclipsaba la visita de Schmidt a Moscú en octubre de 1974. Pero he aquí que la inesperada caída de Gorbachov, que no tardó más que unos meses en producirse, mezclaba de nuevo las cartas. ¿Se iban a poner en cuestión todos los compromisos escritos u orales respecto a la reunificación alemana? ¿Honraría las promesas y respetaría a Alemania el sucesor de Gorbachov?

La primera respuesta la dio el desplome de la economía rusa y la supresión del CAME. El volumen comercial de 25.000 millones de marcos realizado por la Unión Soviética con Alemania se redujo en pocos meses a 5.000 millones de marcos, condenando a la ruina a una gran parte de las empresas alemanas orientales que vivían de estos intercambios. Y este volumen mínimo era mantenido por las garantías Hermes —garantías del Estado alemán—. Sin ellas, el comercio se habría paralizado. En Alemania oriental, que realizaba casi la totalidad de su comercio con Rusia y con Europa central y oriental, significó la caída de la producción, despidos en masa, cierre de sectores industriales enteros y decaimiento de regiones y de ciudades. Sólo después de la primavera de 1994, con los primeros signos de recuperación económica, comenzó el Gobierno de Kohl a salir de

este marasmo que ha estado a punto de provocar la eliminación del canciller de la unidad y su sustitución por un socialdemócrata.

Más tarde, las relaciones con Yeltsin, de quien se dice que “no le gustan los alemanes” (los psicólogos buscan el origen de este traumatismo antialemán en el hecho de que el presidente ruso fue herido de niño por una granada alemana mientras jugaba), resultaron ser muy delicadas. Y tanto más cuanto que la propia situación de Yeltsin se ha degradado de la forma que se conoce y es parcialmente rehén de las fuerzas hipernacionalistas del partido liberal demócrata de Zhirinovski que, o aborrecen Alemania, o desean la vuelta de una Alemania no democrática con la que se podrían asociar para desmembrar Europa. Las relaciones económicas tampoco se han desarrollado, puesto que el Gobierno alemán, tras el golpe de octubre de 1993, recomendó a los inversores que esperaran a que la situación se estabilizase. Los rusos ya no pueden pagar. No facilitan la tarea a los bancos privados occidentales. Y los inversores alemanes se enfrentan —fenómeno nuevo— a una poderosa mafia rusa que les amenaza y les despoja, asunto doloroso que fue abordado durante la visita de Yeltsin a Bonn en mayo de 1994. Los alemanes, que podrían afirmar conocer el alma rusa mejor que nadie, han debido encomendarse a los norteamericanos para hablar con el Kremlin.

A la pregunta de si existen afinidades electivas entre el alma rusa y el alma alemana, el canciller Kohl responde que “cree, desde luego, que todo hombre tiene alma, pero que esta noción, aplicada a los pueblos, es un poco nebulosa” y que “los nacionalistas abusan a veces”. “Los rusos y los alemanes pueden comprenderse, esa es la realidad a la que me limito —declara el canciller—. Si las relaciones entre Rusia y Alemania son buenas, también es bueno para Europa. Si, por el contrario, hay problemas, se amontonan nubes de tormenta sobre Europa. Si ustedes quieren, las relaciones germano-rusas son una estación meteorológica para Europa. Pero eso nada tiene que ver con relaciones de dominio. Para mí, está claro que las relaciones germano-polacas tienen también su especificidad. La existencia de una Polonia independiente, democrática y próspera es igualmente de un interés vital para nosotros por los mismos conceptos que la estabilidad de Rusia”.

Según Helmut Kohl, ya no hay “partido ruso” en Alemania, pero “siempre ha habido alemanes que se interesaban por Rusia y por su cultura y se sienten vinculados a ese gran país (...) Además, existe todavía en Rusia una minoría alemana importante que se remonta a la época en que Catalina la Grande hizo venir de Alemania, en el siglo XVIII, decenas de miles de colonos alemanes. Los acontecimientos funestos de nuestro siglo, desde la revolución bolchevique de octubre a la ascensión del nacionalsocialismo y al ataque de la Wehrmacht contra Rusia, seguida de la división y la ocupación de Alemania, fueron acontecimientos anormales. Volvemos a lo normal”.

Esta “normalidad” pasa de momento por Boris Yeltsin, a quien Kohl llamó por teléfono durante el golpe de agosto de 1991 para animarle a mantener las reformas y la democracia. En noviembre de 1991, Yeltsin fue

a Bonn y, después, en julio de 1992, a Munich, a la cumbre del Grupo de los Siete. En diciembre de 1992, en Moscú, Kohl pudo acordar con él diversas cuestiones financieras y otras relativas a la retirada de las tropas. En fin, los dos hombres se reunieron en dos escalas que hizo el canciller en su vuelta de sucesivos viajes a Asia, la última vez en noviembre de 1993, procedente de Pekín, gesto hábil del canciller, demostración de que no pretendía explotar las eventuales suspicacias ruso-chinas. Yeltsin ha sido invitado este año dos veces a Alemania.

Alemania actúa a largo plazo, porque de inmediato las relaciones con Moscú no son productivas. Pero no se la puede dejar a un lado, porque se trata también de paliar los conflictos en los Estados bálticos, en el Cáucaso y entre Rusia y Ucrania. No hay deseo de dejarse sorprender por una guerra que sería “una Bosnia centuplicada”. En este orden de ideas, Alemania pretende definir su papel como el de una exportadora de paz y de estabilidad. La política de Kohl consiste en actuar de manera que Alemania se expanda en una Europa pacífica en la que desempeñe un papel de mediadora en lugar de aprovecharse de conflictos en los que sería el arbitro, como quería Bismarck. Pero, al mismo tiempo, sabe que no puede desempeñar este papel sola y que el resto de los países de la Unión Europea están implicados.

Estas políticas no están todavía perfectamente definidas. Los alemanes no han dicho todavía lo que esperan de Rusia. Helmut Kohl tiene fama de no comprender “el alma rusa”, y de ahí su propensión a ver primero a las personas: Gorbachov, Yeltsin. Habría que ayudarlo a definir la política oriental alemana para el siglo XXI. Los alemanes lo desean y esperan propuestas de sus asociados occidentales. Nada los apremia a primera vista, porque los renanos están en el poder para diez o veinte años, vinculados a Occidente, pero la transferencia de la capital de Bonn a Berlín podría acentuar el interrogante y la apertura al Este. Este plazo podría permitir definir una política a largo plazo. Pero es urgente hacerlo o, si no, los alemanes elegirán su camino sin nosotros. Alemania es el único país de Europa que podría eventualmente sobrevivir a la desintegración de la Unión Europea.

Preparar la política del siglo XXI

Las obras de Leuna, de las que hablábamos al principio, han hecho renacer una esperanza: la de un acoplamiento franco-alemán en los mercados rusos y europeos orientales. Se tratará para los alemanes de ensanchar esta cooperación incluyéndola en una política hacia el Este comunitario, lo que parece que será una de las cuestiones dominantes, si no la número uno en política exterior, del año y medio próximo en el seno de la Unión Europea.

Del 1 de julio al 31 de diciembre de 1994, Alemania presidirá, en efecto, el Consejo Europeo, seguida de Francia, desde el 1 de enero al 30 de junio de 1995. Luego vendrá, de 1 de julio a 31 de diciembre de 1995, la

presidencia de España y más tarde la de Italia. Helmut Kohl convenció a Felipe González, el 7 de junio pasado, durante su reunión de Schwerin, en la antigua RDA, que Madrid tome el relevo de los alemanes y de los franceses en la preparación de la gran conferencia europea de 1996 que revisará el tratado de Maastricht. Por lo tanto, habrá año y medio de estrecha cooperación entre los tres Estados que tienen una visión similar de Europa y que son ya los tres miembros del *Eurocorps*. Este embrión de ejército europeo, definido como un pilar europeo de la OTAN, pero que podría convertirse rápidamente en sucedáneo de la OTAN en caso de repliegue de los norteamericanos, será operacional en 1995.

Se trata, pues, de una gran apuesta, porque Alemania ha comprendido que ya no puede hacer política exterior sin sus principales socios de la UE, del mismo modo que tampoco pueden ellos. ¿Se impondrán las divergencias de interés sobre los objetivos comunes? Existe una importante, en el sentido de que Francia y España, y subsidiariamente Italia, están más preocupadas por la crisis del Magreb y del mundo islámico, mientras que Alemania se siente más preocupada por la inestabilidad de Europa central y oriental en general, y de Rusia en particular. Se añade una evolución que podría inclinar más la balanza en el sentido de los intereses alemanes: la adhesión de Austria y de los escandinavos lleva el centro de gravedad más al Norte y al Este, reforzando en la UE el club germánico en detrimento del club latino-mediterráneo.

Durante las negociaciones de adhesión de los cuatro nuevos Estados de la UE, el invierno pasado, España sintió fuertemente esta oposición, prolongando el debate en un momento en que Francia estaba ya dispuesta a ceder. Pero Madrid no puede olvidar que Bonn sostuvo, en su momento, su adhesión a la CEE, contra las reservas, sobre todo en el sector agrícola, de Francia. Las divergencias de interés Norte-Sur no son, pues, las únicas en Europa. ¿Quién podría decir, además, quién es el más afectado en Europa por la crisis de la antigua Yugoslavia? Todo el mundo está afectado por esta guerra que podría crear imitadores en nuestro continente. No olvidemos tampoco que la crisis bosnia ha atraído sobre el lugar a partes interesadas, que son Rusia, del lado de los serbios, y el islam, del lado de los musulmanes bosnios. No es, pues, posible separar lo que ocurre en Europa oriental de los datos islámico-mediterráneos.

Con motivo del Foro Internacional de Estrategia que reunió en Munich, en enero pasado, a unos doscientos militares y políticos interesados en problemas de seguridad, el canciller Kohl preparó un discurso que no pronunció, sin duda para evitar herir ciertas sensibilidades. Se desprende claramente de este discurso inédito que el actual Gobierno alemán se siente preocupado por la amenaza creada por el integrismo islámico: “Estamos junto a nuestros aliados y sería absurdo creer que Alemania no se interesa más que por Europa central y que los problemas del Mediterráneo y de África, a los que los franceses y los españoles son muy sensibles, no nos afectan. Sólo que nuestro ejército alemán (Bundeswehr), no está suficientemente preparado en el plano psicológico. Esto debe cambiar”. Mísiles islámicos de alcance medio situados en África del Norte amenazarían

tanto a Francfort y Munich como a Roma y Milán, Madrid y Barcelona, Marsella y Lyon. Alemania, que casi ha renunciado a cofinanciar la carrera espacial, participa en el esfuerzo de investigación con vistas a una red de misiles antimisiles prevista por la Unión Europea Occidental para rodear a Europa con un cinturón protector.

Alemania conoce el terrorismo islámico. Ha tomado medidas muy restrictivas desde 1994 y se niega a convertirse en una base terrorista. Si la orientación hasta ahora pro-occidental de la orilla meridional del Mediterráneo se invirtiera, Alemania se vería afectada. Además, en caso de migración masiva hacia Europa de los ciudadanos de estos países amenazados por dictaduras islámicas, Alemania se vería doblemente afectada, porque ha tenido que acoger ya en su territorio un enorme potencial de refugiados y repatriados de los países del Este en su territorio, y ello en pleno período de recesión económica. Es, pues, evidente que la inestabilidad en el Sur y en el Este no son antitéticas, sino dos aspectos de un mismo problema para una Europa concebida como un continente.

La contrapartida del interés alemán por los problemas del Sur es la apertura de los países latinos a los problemas del Este. En este aspecto, la línea París-Bonn/Berlín-Varsovia podría llegar a ser un día muy importante. Prolongada al Sur por la línea Bonn-París-Madrid, nació antes de la reunificación alemana, en 1990, cuando Hans Dietrich Genscher invitó a los dirigentes polacos en París a asistir a las conferencias "2+4" sobre Alemania en la que debía decidirse el reconocimiento de la línea Oder-Neisse. Esta iniciativa se prolongó a continuación con encuentros anuales de los ministros francés, alemán y polaco de Asuntos Exteriores, y después mediante el esbozo de una cooperación militar con Polonia.

Habría que dejar de pensar que la adhesión de Polonia, de Eslovaquia, de la República Checa y de Hungría a la Unión Europea que debería concretarse hacia fines de siglo, contribuiría a un reforzamiento del "club germánico". Estos Estados se hallan orientados culturalmente hacia Occidente. Tienen, por lo menos Polonia, relaciones tradicionales con Francia. En el momento de votar por la mayoría en el Consejo Europeo, sus votos no apoyarían necesariamente el punto de vista alemán, por más que estos países tengan fronteras comunes con Alemania o con Austria y sean económicamente clientes de Alemania. Es de advertir, por fin, que estos Estados son refractarios a la influencia rusa y que su deseo de adhesión a la UE y a la OTAN procede de una alergia a la rusificación.

Está claro para Alemania que un país tan vasto como Rusia no podría adherirse a la Unión Europea. Así, la "Europa de Portugal a Rusia" de la que habló Bill Clinton en su discurso de París el 7 de junio de 1994 se detiene, en lo que se refiere al Gobierno de Bonn, en la frontera rusa. Rusia es todavía, en gran parte, un país asiático, y su demografía se opone a su integración en la UE, a la que aplastaría. Yeltsin repite que su país quiere adherirse a la UE y a la OTAN, y Bonn se guarda de contradecirle para no perjudicar su prestigio. Pero durante la visita de Yeltsin a Bonn en mayo de 1994, Kohl puso esta adhesión de Rusia en las calendas griegas, diciendo que hacía falta reunir las

condiciones económicas y que, de todas formas, Alemania no podía decidir por sí sola.

En una entrevista en *Le Figaro*, un mes más tarde, el canciller Kohl fue aún más claro, al señalar: “Ya tenemos bastantes problemas con la ampliación de doce a dieciséis miembros. En mi opinión, países como la República Checa, Eslovaquia, Polonia y Hungría, se convertirán en miembros de la Unión antes o después, si ellos lo desean. Para nosotros, alemanes, resulta claro que la frontera oriental de Alemania, sobre el Oder-Neisse, no puede constituir la frontera exterior de la Unión Europea, ya que Polonia se adherirá a Europa”.

Y continuaba: “Además de Polonia, los Estados bálticos llaman a nuestra puerta. Otros esperan. Pero no quiero hacer enumeraciones. Tras la adhesión de los países que acabo de nombrar nos acercaremos, me parece, a los límites exteriores de la Unión Europea. En cuanto a Rusia, ella no podría entonces entrar en la Unión Europea”.

A la pregunta de qué debería proponerse entonces a Rusia, Kohl contestó: “Unas relaciones estrechas de asociación”, añadiendo, “Rusia es nuestro vecino más importante al Este y Francia nuestro socio más importante al Oeste. Pero con Francia tenemos una afinidad especial”.

Al contrario que ciertos políticos alemanes y franceses, como Hans-Dietrich Genscher o Charles Pasqua, el canciller Kohl ha puesto definitivamente fin a las especulaciones sobre las futuras relaciones entre Rusia y Europa. Kohl defiende una Europa de Portugal a Polonia, si no del Atlántico al Báltico. Por un lado, el canciller parece haber comprendido que la adhesión como miembro de un país tan inmenso e inclasificable como Rusia, con una cultura política y económica diferente de la de Europa occidental, haría estallar la Unión Europea. Tal es, por otra parte, el objetivo de los euroescépticos y los eurocríticos que propugnan una numerosa adhesión: Ucrania, Rusia, Turquía, Israel, Siria... para destruir el edificio comunitario.

Pero sería igualmente pernicioso para Alemania que Rusia fuese miembro, en la medida en que pondría fin a la supremacía alemana en la comunidad occidental. Mejor para Alemania, por tanto, una Unión en la que pertenezca, demográfica y económicamente, como el peso pesado que puede establecer relaciones con el otro pilar de Europa, Rusia, en condiciones de igualdad. La no adhesión de Rusia a la Unión favorece asimismo los intereses de los Estados de Europa occidental, nórdica y central.

La entrada de Rusia en la alianza militar occidental parece imposible, puesto que Moscú reclama para la simple asociación llamada por el presidente Clinton Asociación para la Paz un estatuto especial que tenga en cuenta su rango de gran potencia. Rusia intenta, en realidad, modificar el sistema de seguridad occidental sustituyendo la alianza occidental por un sistema de consultas en el que tendría el derecho de veto.

El 22 de junio, no obstante, Andréi Kozirev firmó la asociación con la OTAN, con un simple protocolo complementario que garantiza a Rusia un derecho de consulta. De manera inmediata, se trata de un privilegio esen-

cialmente “cosmético” y cabe pensar que lo continuará siendo. El canciller Kohl se ha comprometido, por otra parte, frente a Yeltsin, a actuar en favor de la firma rápida de un acuerdo de asociación de Rusia a la UE. Bonn parece igualmente favorable a la entrada de Rusia en el club exclusivo de los países más industrializados, el G-7.

Desde que entró en política y desde que casi se salió de ella, dimitiendo de su puesto de ministro en abril de 1992, Hans Dietrich Genscher se ha hecho el abogado de una asociación estrecha germano-rusa o ruso-europea. Genscher, que recomendó en su célebre discurso de Davos en 1986 que se “tomara a Gorbachov al pie de la letra” y a quien los acontecimientos han dado la razón, utiliza en público y en privado todo tipo de argumentos para promover una simbiosis euro-rusa. Pondera, por ejemplo, el aprovisionamiento exclusivo del continente europeo con materias primas e hidrocarburos rusos que nos pondrían al abrigo de los chantajes de los petroleros de ultramar. Si existe en Alemania un “partido ruso”, el antiguo ministro es con seguridad el presidente secreto. “Jamás Europa sin los rusos” o “Ninguna seguridad europea sin Rusia” eran los eslóganes de una política genscheriana que llevó, sobre todo, a la construcción de la CSCE.

Su sucesor, Klaus Kinkel, pareció, en el transcurso del invierno 1993-1994, haber reasumido esta regía de oro de la diplomacia alemana. Esta nueva refundición de la *Ostpolitik* tuvo sus frutos en la antigua Yugoslavia, al menos en un primer momento. Kinkel supo establecer relaciones muy personales con su colega ruso, Andréi Kozirev, relaciones comparables sin duda a las de Genscher con Shevardnadze en los momentos de la reunificación alemana. Tras las elecciones rusas del 12 de diciembre de 1993, que se saldaron con un avance de la extrema derecha dirigida por Vladimir Zhirinovski, los dos se aislaron en una reunión íntima que mantuvieron en Susdal, cerca de Moscú, para examinar el conjunto de la “arquitectura europea”. A la salida de este seminario, Kozirev afirmó: “El eje Rusia-Alemania es una locomotora para la construcción de Europa”.

Klaus Kinkel, que dio satisfacción a Moscú abogando por un retraso de la adhesión a la OTAN de los Estados de Europa central, fue el primero en comprender que la solución del conflicto yugoslavo se encontraba en manos de los rusos igual que, anteriormente, comprendió Genscher que la clave de la reunificación alemana estaba en el Kremlin. Al comienzo de 1994, tras este acercamiento, fueron intensos los contactos diplomáticos tanto en el escalón Kinkel-Kozirev como en el escalón Kohl-Yeltsin. A mediados de febrero, Kozirev y Kinkel firmaron en el *Frankfurter Allgemeine Zeitung* un artículo conjunto titulado: “La grandeza de Rusia no depende del número de sus soldados”. Los dos ministros recordaban en especial que Alemania ha proporcionado más de la mitad de la ayuda occidental a Rusia. Helmut Kohl contribuyó también pidiendo a Yeltsin que presionara sobre los serbios del mismo modo que él presionaba sobre los croatas.

El 18 de febrero, Kinkel y Kozirev mantuvieron en Atenas una entrevista de dos horas, en el transcurso de la cual el ministro alemán subrayó que no podía haber paz en Bosnia sin Rusia. Fue una buena ocasión para que Kozirev lanzara la idea de una conferencia de ministros de Asuntos

Exteriores de los países participantes en UNPROFOR, incluidos los rusos. Después, Yeltsin propuso una conferencia sobre Yugoslavia de los jefes de Estado que pareció obtener el apoyo de los alemanes. Se celebró en Bonn, el 21 de febrero de 1994, una simple reunión internacional de trabajo sobre Bosnia en la cual participaron la Unión Europea, Estados Unidos y Canadá, un representante de la ONU y los rusos. Para dos de los participantes en esta conferencia, Alemania y Rusia, esta iniciativa desbordaba ampliamente el asunto yugoslavo y desembocaba en una valorización de su estatuto internacional.

Curiosamente, se ha visto que los estatutos de Alemania y de Rusia se parecen de nuevo durante las ceremonias del 50 aniversario del desembarco aliado en Normandía el 6 de julio de 1994. Yeltsin y Kohl no fueron invitados. Estos no serían más que detalles si no estuvieran cargados de reminiscencias históricas, de evocaciones fugitivas de los años veinte, cuando los dos *parias* de la política mundial, Alemania y la Rusia soviética, se acercaban mutuamente. Los diplomáticos alemanes reivindicaron un “derecho de primogenitura” de la pequeña conferencia de Bonn de febrero de 1994. Tuvieron la amabilidad de asociar a Francia a esta paternidad, haciendo remontar el comienzo de los esfuerzos de mediación eficaz a la iniciativa Kinkel-Juppé sobre Bosnia.

Pero la gran hazaña del Gobierno alemán ha sido volver a introducir en el proceso, como actor decisivo, a una Rusia que hasta entonces hacía el papel de comparsa. Se trata de un éxito tanto más importante para los alemanes cuanto que los aproxima a ese equilibrio europeo germano-ruso destinado a sustituir la tensión Este-Oeste que los puso en situación de inferioridad desde la guerra. Por su parte, al imponer a los serbios, a cambio de su apoyo, la retirada de las armas que rodeaban Sarajevo y al obtener de la OTAN el reconocimiento de este gesto, Rusia demostró que no había solución en Europa de la que se le pudiera excluir. Demostró también a Estados Unidos que tenían en ella un interlocutor a su nivel en la escena internacional, cosa que está muy lejos de ser cierta, salvo en el terreno nuclear, porque el diálogo Washington-Moscú es más bien el de un ventrílocuo con el muñeco que sostiene con el brazo.

La diplomacia alemana considera esta operación yugoslava como un éxito que no ha desmentido su continuación. Poco antes de la retirada de los serbios de Gorazde, a comienzos de mayo de 1994, y poco antes, también, de que los rusos acusaran a Milosevic de querer arrastrarlos a una guerra que no deseaban, el ministro de Finanzas alemán, Theo Waigel, fue a Moscú para entregar a Yeltsin mil millones de dólares del G-7 e inaugurar pisos para los militares rusos repatriados de Alemania.

Pero, ¿se puede considerar unánimemente esta diplomacia alemana como un éxito? ¿No se habría podido obtener la retirada de los serbios con una simple amenaza de la OTAN? ¿No fue la amenaza de ataques aéreos occidentales lo que les hizo replegarse, con rusos o sin ellos?

A fin de cuentas, Alemania, de acuerdo con Estados Unidos, que sueña todavía con una asociación mundial compartida con el Kremlin, ha permitido a Rusia llegar a establecerse sobre las orillas del Adriático. Así,

los rusos han alcanzado un objetivo estratégico que intentaban vanamente conquistar desde el siglo XIX. Son ya una potencia mediterránea y la consecuencia lógica será algún día el aumento de la presión de su flota sobre el Bósforo, del mismo modo que se aferran a Crimea. No se excluye que los serbios concedan a la flota rusa bases en la costa adriática.

Después de haberse desprendido de aquella Europa central en cuyo corazón se sumergieron en 1945 los carros de combate del ejército soviético, pero que desde entonces les ha costado caro sin proporcionarles más que enemistades, los rusos se vuelven a introducir en Europa occidental por el flanco Sur, por las orillas adriático-mediterráneas. Durante su visita a Gorbachov en el Kremlin, en 1987, el difunto político bávaro, Franz Josef Strauss, dijo al presidente de Rusia: “Dennos la reunificación y tendrán en Alemania 80 millones de amigos en lugar de 60 millones de enemigos y 17 millones de esclavos”³.

Los amigos alemanes conceden hoy la contrapartida introduciendo a los rusos, por débiles que sean, en las tierras de Europa o en los organismos internacionales que hasta ahora les estaban vedados. La historia dirá si ha sido un error fatal o si, ante la emergencia de otros peligros en el mundo islámico o en torno a la China comunista, no había alternativa a esta política.

Notas

¹ La ceremonia de retirada de los aliados occidentales de Berlín se celebrará el 8 de septiembre de 1994. Se rendirá homenaje a los pilotos que perdieron la vida en el puente aéreo que salvó a Berlín occidental, amenazado por el bloqueo de Stalin en 1948-1949.

² Esta cita de Helmut Kohl y las que siguen están extraídas de un libro que se publicará en francés, en enero de 1995, por la editorial Plon (París), con el título *Helmut Kohl: Ce que je suis, ce que je veux. Entretiens avec Jean-Paul Picaper*.

³ Sesenta millones de alemanes occidentales y 17 millones de alemanes orientales.